

Domingo en el Arte Alameda, Primer Movimiento.
Como cada ocasión, a su lado. Azulado.

Nos advierten que los primeros treinta minutos serán en oscuridad. Entramos a una sala de la que desconocemos su tamaño, su forma y la cantidad de personas que ingresamos. Caminamos hacia un abismo en el que los referentes se iban disolviendo; comenzaba bien, yendo a la deriva en naufragio colectivo. En los primeros minutos descubrí lo protagónico de la referencia visual para el soporte de lo subjetivo, entendí que la visión da forma y estructura a la experiencia afectiva. Sin la contención de la imagen mis sensaciones y afectos se expandían con mayor inmediatez e intensidad.

El anonimato tiene una sonoridad distinta, algo que ruge sin autoría. El sonido era una de las vías a través de las cuales algunos se daban consistencia. Mantenerme en silencio en la oscuridad absoluta me provocaba una sensación de desvanecimiento. ¿Cuáles eran las fronteras entre lo propio y aquella masa anónima y amorfa? De algún modo en la oscuridad y el silencio encontré otra forma de tornarme masa, cuerpo colectivo, cuerpo expandido. ¿Cuáles son las fronteras del cuerpo? ¿Qué es un cuerpo?

Me sorprendía mucho la fascinación que sentía por permanecer en ese estado, como si me hubiesen arrebatado la responsabilidad de ser, de responder, de mantenerme en una cuadrícula delimitada por mi nombre, género, cuerpo, educación, profesión... todo eso insoportablemente dado y que nos torna detectables, legibles, domesticables.

La oscuridad que en la infancia me había resultado tan terrorífica, era ahora una oportunidad de alivio y olvido, un estar sin ser. No importaba si abría o cerraba los ojos, la nulidad era avasallante.

Caminé lentamente extendiendo mis brazos en todas direcciones, quería hacer contacto en ese estado. Tomé cabezas, brazos, manos. Hubo quien quiso abrazarme, yo estaba más interesado en sentir las facciones, el cuello, los hombros, el pelo e ir trazando superficies diferenciadas en mi mente, haciendo del tacto registro y memoria. Ser tocado por extraños era un modo de reconocimiento que daba consistencia a mi presencia y que a su vez provocaba desconocimiento, descentramiento,

disolución, pues no era a mí a quien tocaban, sino a otro rostro más del ciego anonimato, a un extraño. Ser tocada sin que se volviese algo personal, ansiado remedio y consuelo.

Mi antiguo temor a la oscuridad surgía de una contradicción que hasta ahora se me hizo evidente. Me aterrorizaba que algo o alguien estuviese mirándome sin que yo me diera cuenta. Temía que hubiese algo terrible en mi closet, que me veía mientras dormía, algo amenazante que podía verme sin que yo le viese. Lo fascinante que descubrí en esa oscuridad es que nadie podía verme, lo que me volvía indetectable como presa, como punto al que se dirige la mirada del otro.

Indetectable, punto ciego, invidente.

Donaría mis ojos si pudiera censurar la mirada que me hace objeto. Olvido y alivio, insisto, mientras recuerdo aquel ensayo de Borges sobre su ceguera. Un último abrazo, aliciente, paliativo ante lo insoportable de las formas que toma la permanencia desde el referente visual.

De pronto surgió una luz muy tenue que se desvaneció inmediatamente. Noté el tamaño del cuarto, su forma, la proporción y distribución de personas. En cuanto volvió a ocurrir una inercia hizo centro a partir de lo luminoso, los cuerpos comenzamos a alinearnos/ordenarnos alrededor de un foco intervenido. Como si hubiese un acuerdo tácito, ancestral, un primer movimiento hacia la luz.

poder ver
ver poder

Dos cuerpos tejían una especie de interlocución, mi mente intentaba explicar la lógica de sus movimientos, de sus diálogos entre nosotros, con nosotros, a través de nosotros. Pensaba en sus direcciones, sus ritmos, sus patrones... al tiempo iba adentrándome en un estado hipnótico del cual mi mente quería distanciarse. Sensorialmente había un incendio en mi torax y hormigueo en mis manos; mi respiración respondía a su cercanía. Habría algo que en mí se suspende ante ella, me vuelvo contemplación absoluta focalizada en su existencia, todo se desvanece mientras ella se torna el centro, el foco, la inercia. ¿Primer movimiento? ¿Atracción ancestral? Mi tendencia racional y defensiva intentando explicarme la interlocución de mi respiración y su danza.

suspensión del pensamiento
contemplación
fascinación
hipnosis

alivio y olvido

Al poder ver se acelera la inercia por querer categorizar, ordenar, inventar sentidos, explicar. Pareciera que ver hace núcleo con la intención de saber y dominar, entonces ver muta a no ver sino los patrones propios. Nuestra irremediable ceguerra. Quisiera para siempre bifurcarme en la dirección opuesta, la de la contemplación ecuánime, pero no puedo ser ecuánime ante la atracción, eso ya lo había aprendido y ahora vuelve a materializarse en las constelaciones de sus lunares.

De la fluidez y continuidad de sus movimientos a lo sonoro. Interlocución que generaba otras delimitaciones y unicidades. El espacio resonando, los cuerpos vibrando a partir de algo que emergía de sus centros. La emergencia, lo accidental, los acontecimientos y encuentros.

Ser voz abierta sin vocales ni consonantes,
ser gutural que surge sin enunciado.

Formas que se abren como invitación a lo abyecto. La impertinencia de suponer una interlocución. Habría algo más allá de lo que puedo detectar y codificar, vibrando con esos sonidos, intensidades que transmutan mi materialidad y la realidad compartida. Lo sonoro como un modo de explorar espacios, de generar fronteras, de habitar el mundo.

Vibrar, resonar, afectar
afectarse

Nuevamente el anonimato de los efectos de aquello que sin forma intencionada emerge de ellas y nos habita. De algún modo los sonidos estaban generando las superficies y los espacios. De algún modo todo estaba siendo tocado por ellas, cuestión que no se detenía en la superficie. Mi interioridad afectada, vibrando, en consonancia a lo que emergía de ella... enunciado que traza tal cantidad de delimitaciones ajenas a lo que ahí ocurría. Acontecía una subversión de esos órdenes con los que inventamos el mundo, nada de adentro y afuera, superficies y profundidades, ellas y nosotrxs. ¿Cuáles son los límites o fronteras del cuerpo? ¿por qué suponer que el origen traza una direccionalidad? Eso

que vibraba también iba de nosotrxs hacia ellas. La vibración genera un tejido común, una comunidad.

Las seguimos a través del A.A. Pude no haberlas seguido y las estaría siguiendo, no era algo visual sino auditivo, sentido que no puedo obturar a mi voluntad. El espacio se generaba con sus movimientos y sonidos. Así también cuando exploraron sus cuerpos, momento en el que se condensó todo lo que había estado ocurriendo. No había diferencia entre el A.A. y sus cuerpos, éramos un solo cuerpo expandido resonando y movilizándose a partir de lo primigenio.

Repetición exponencial, infinita.
La existencia ha sido siempre tan transparente.

Al término en una habitación muy amplia, con la iluminación precisa y una imagen dinámica cuyo centro era el contacto. Comencé a dimensionar que todo contacto abre horizontes, condiciones de posibilidad, atajos hacia ciertas experiencias y saberes. Las fuerzas o intenciones que provocaban los puntos de contacto entre ellas producía ciertos cambios de postura que permitían otras movilidades, relaciones, perspectivas. Los puntos de contacto con los mundos despliegan posibilidades de las que poco podría anticipar o pretender controlar, y más que los saberes que ahí emergen, me cautiva la maleabilidad que podría seguir cultivando, en el sentido del culto, del ritual, de lo que a partir de su huella hace forma, camino, andanza, danza.